

Burundi y Ruanda: un difícil camino hacia la paz

Joseph Mafokozi *

LAS dificultades por las que están atravesando muchos países africanos en sus denodados esfuerzos por democratizar sus sistemas de gobierno se están mostrando en toda su amplitud y con toda su crudeza especialmente en Ruanda. Son muchos los factores que concurren creando las condiciones propicias para un violento estallido de toda la estructura sociopolítica en vigor hasta hace poco. Por una parte las presiones internas en pos de una mayor participación en la gobernación del país y por otra las presiones externas debidas a los cambios en la coyuntura internacional tanto en lo político como en lo económico configuran una situación sumamente explosiva. Finalmente la injerencia apenas camuflada de algunos países en los asuntos rwandeses precipitó los acontecimientos provocando la muerte de centenares de miles de inocentes.

* Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación. Profesor Asociado de la Facultad de Educación de la U. Complutense. Madrid.

Orígenes del conflicto

PARA la exposición de la influencia mutua de Ruanda y Burundi en cuanto a la evolución de sus correspondientes conflictos se seguirá el esquema que se propone a continuación.

	Ruanda	Burundi
Datos generales	Población: Bahutu (85%), origen bantu, agricultores; Batutsi (14%), origen hamita, pastores; Batwa (1%), origen pigmoide, cazadores, alfareros.	Población: Bahutu (85%), origen bantu, agricultores; Batutsi (14%), origen hamita, pastores; Batwa (1%), origen pigmoide, cazadores, alfareros.
Período precolonial (hasta 1886)	Régimen monárquico feudal: relación de vasallaje en torno a la vaca (ubuhake).	Régimen monárquico feudal: relación de vasallaje en torno a la vaca (ubugabire) y a la propiedad de la tierra (ubugererwa).
Período colonial alemán (hasta 1918)	Evangelización (hutu). Escolarización (tutsi).	Evangelización. Escolarización (tutsi).
Período colonial belga (hasta 1962)	Desarrollo de un mito. 1959: destrucción del mito. Supremacía hutu. 1-VII-1962: República hutu.	Desarrollo de un mito. Tutsi: Síndrome ruandés. Reforzamiento del mito. 1-VII-1962: Monarquía tutsi.
Período postcolonial	1962-1973: Exclusión tutsi. 1973-1974: Lenta apertura hacia los tutsi. Hutu: Síndrome burundés.	Plan Simbananiye: eliminación del 70% de los hutu. Exclusión hutu. 1966: República tutsi. Matanzas de hutu (1965, 1969, 1972, 1988, 1991, 1993).

	Ruanda	Burundi
Período postcolonial	1990: Ataque del Frente Patriótico Ruandés (tutsi) desde Uganda. 1993: Acuerdos de Arusha Dificultades de aplicación de los acuerdos. Posiciones irreductibles 6-IV-1994: Atentado de Kigali: muere el presidente Juvénal Habyarimana. Matanzas generalizadas.	1993: Elecciones democráticas. Gana el Frente Democrático Burundés (hutu). 21-X-1993: Asesinato del nuevo presidente Melchior Ndadaye. Matanzas generalizadas hasta enero de 1994. 4-II-1994: Nombramiento de Cyprien Ntaryimira como sustituto. 6-IV-1994: Muerte de Cyprien Ntaryimira. Intentos de resistencia hutu. Mayo de 1994: Desarmamento completo.

Como punto de partida destaca la similitud en la composición de la población rwandesa y burundesa: una mayoría hutu dedicada fundamentalmente a las labores agrícolas, una minoría tutsi ocupada en el pastoreo de la vaca watusi y un grupo residual, los twa, convertidos en alfareros por la desaparición de sus terrenos de caza. Ésta es la estructura social que los alemanes encuentran cuando llegan a Ruanda y Burundi a finales del siglo XIX; se trata de una organización que se basa en una relación de dependencia de los hutu con respecto a los tutsi en torno a la vaca.

Algunos historiadores sugieren que los tutsi son de origen hamita y que habrían llegado a la región de los Grandes Lagos hacia el siglo XVI siguiendo el curso del río Nilo. Esta zona ya estaba ocupada por los hutu, que desconocían la vaca. Sea mediante la guerra o mediante una intro-

ducción paulatina los tutsi acabarían imponiéndose a los hutu y éstos aceptándolos como sus amos. Tanto es así que a la llegada de los alemanes el término hutu en lengua rwandesa (kinyarwanda) o burundesa (kirundi) se equipara a servidor o siervo. El sistema que permite la perpetuación de la relación de dependencia se fundamenta en dos pilares: la vaca y el matrimonio. Para un hutu recibir una vaca en regalo o en arriendo implica para él, su familia y sus descendientes no sólo una mejor consideración social sino sobre todo la aceptación de un contrato irrompible de servicios al donador o arrendador tutsi, su familia y sus descendientes. Evidentemente el establecimiento de tales relaciones entre un jefe hutu y un jefe tutsi implica una cesión de su autoridad en favor del jefe tutsi con todas sus consecuencias. Finalmente, en el contexto de la especial concepción del respeto en África, el matrimonio entre un hutu y una mujer tutsi supone la aceptación de la autoridad del paterfamilias tutsi. Sin embargo, los niños nacidos de tales matrimonios se consideran como hutu a todos los efectos. Por otro lado, como ningún tutsi se casa con una mujer hutu, por lo que significaría de pérdida en términos de consideración social, ningún paterfamilias hutu ejerce autoridad alguna sobre los tutsi. El desplazamiento de la autoridad hutu culmina en la instauración de un sistema monárquico feudal tutsi fuerte instalado tanto en Ruanda como en Burundi. La expresión de la sumisión hutu toma formas diversas que van desde la obligación de dedicar un cierto número de días al año al cuidado de las vacas del rey hasta servir de sacrificio propiciatorio en determinadas ocasiones (fiesta de umuganuro en Burundi o acompañamiento en la tumba de un rey fallecido en Ruanda).

A su llegada los alemanes se encuentran como un sistema sociopolítico que parece funcionar a la perfección. Por lo tanto se apoyan sobre las estructuras vigentes para gobernar los protectorados que reciben del reparto realizado en la Conferencia de Berlín de 1885: se instaura una administración colonial indirecta. Los misioneros (1886) que siguen los pasos de los primeros exploradores reciben una acogida poco amistosa de la monarquía rwandesa, por lo que su atención se orienta hacia los hutu cuya actitud les parece más receptiva. En Burundi las condiciones de los primeros misioneros son un poco más propicias a su labor evangelizadora. Sin embargo, la presencia de los alemanes será breve: su derrota en la Primera Guerra Mundial implica la pérdida de sus posesiones africanas. Ruanda y Burundi pasan a depender de Bélgica (1926).

Al igual que los alemanes a los belgas les resulta más cómodo gober-

nar ambos territorios con la colaboración de los tutsi; se impone de nuevo el concepto de administración colonial indirecta. Se afianza un mito: el tutsi, percibido al principio como un altísimo guerrero casi invencible, ve completada su imagen con la consideración como un astuto gobernante con el que necesariamente hay que contar. Algunos etnólogos hasta ven en esta astucia la influencia de la sangre europea. Los hutu, de pequeña estatura y fuerte complexión, quedan catalogados como crédulos, lentos, bondadosos y sólo buenos para dedicarse a la agricultura. Fieles a su estilo de gobierno, los colonizadores crean una única escuela de administración en Astrida, actual Butare (Ruanda), pensada exclusivamente para los hijos de jefes tutsi tanto de Ruanda como de Burundi. Sin embargo, también se abren otras escuelas para el resto de la población. Al mismo tiempo se intenta suavizar la estructura de las relaciones sociales entre hutu y tutsi. Pero, a los ojos de los hutu, la equiparación entre el colonizador y el tutsi, aunque no todos ellos participen en igual medida en el ejercicio del poder, es inevitable.

Evolución y extensión del conflicto

ENTRE 1958 y 1961 los hutu rwandeses, liderados por Grépoire Kayibanda, apoyado por seminaristas, maestros, catequistas y otros intelectuales, consiguen sacudirse lo que presentaban como el yugo tutsi. Como consecuencia de esta revuelta logran derrocar la monarquía rwandesa pero también causan la muerte de muchos tutsi inocentes. Los supervivientes se refugian en Burundi, Tanzania, Uganda y Zaire. Bajo el nombre de Inyenzi intentarán recuperar el poder en diversas ocasiones sin mucho éxito. En Burundi no ocurre nada parecido excepto que los tutsi burundeses, traumatizados (síndrome rwandés), toman nota de lo sucedido en Ruanda y empiezan a tomar medidas para yugular el peligro hutu. Aquí empieza una cierta diferenciación en el desarrollo del conflicto hutu-tutsi aunque existe una notable influencia mutua.

En el momento de la independencia nos encontramos con una república netamente hutu en Ruanda. Los tutsi que han conseguido escapar a las matanzas se ven reducidos a un silencio casi absoluto. Se instaura un sistema de acceso a los servicios del Estado en base a la identificación étnica, eso es, a los tutsi sólo les corresponde como máximo el 14 por 100

de puestos del nivel que sea (escuela, administración, economía, etc.). Este sistema se mantendrá en vigor hasta el golpe de Estado que en 1973 lleva a Juvénal Habyarimana a la jefatura del Estado.

En Burundi al llamado peligro hutu se suma la negativa de la casta gobernante tutsi a compartir el poder con sus otrora siervos hutu. La evidente incompetencia del rey Mwambutsa IV a la hora de hacer cumplir el veredicto de las urnas impacienta a los hutu, quienes en 1965 intentan forzar la situación mediante un golpe de Estado. El fracaso de la intentona provoca represalias de cierta envergadura. En 1966 Micombero no sólo transforma la monarquía tutsi en una república mediante un golpe de estado sino que sustituye la casta gobernante tutsi por otra, la de los Hima. Al no mejorar la situación para los hutu se produce un nuevo intento de golpe (1969), que fracasa una vez más, seguido por unas represalias aún más intensas. Al mismo tiempo va tomando cuerpo una solución radical apodada Plan Simbananiye cuyo objetivo es resolver de una vez para siempre el problema del peligro hutu: se trata de igualar el número de hutu y de tutsi; para lo cual se prevé la eliminación despiadada de aproximadamente el 70 por 100 de los hutu.

Aduciendo el ataque de un hasta hoy misterioso grupo hutu en abril de 1972 el gobierno de Micombero emprende una eliminación sistemática largamente planificada: 300.000 hutu, desde ministros pasando por todos los miembros de las fuerzas armadas hasta niños de EGB, son muertos. Un hábil engaño basado en un respeto reverencial a la autoridad explica que hasta los mismos padres hutu entregaran a sus hijos para ser juzgados por un crimen del que desconocían la naturaleza. Varios cientos de hutu consiguen encontrar refugio en Ruanda, Tanzania y Zaire. Estos acontecimientos provocan una elevada tensión entre los gobiernos de Ruanda y Burundi. Sus relaciones no mejoran hasta que en 1973 Juvénal Habyarimana se hace cargo de la jefatura del estado rwandés. Por otra parte los hutu rwandeses notan con creciente preocupación que sus homólogos burundeses viven en unas condiciones cada vez más próximas a un auténtico gulag (síndrome burundés). El flujo de refugiados es de tal magnitud y se produce con tal regularidad que difícilmente puede pasar inadvertido.

Mientras tanto en Ruanda se inicia un período de lenta apertura hacia la participación de los tutsi, de notables esfuerzos para poner el país en la senda del desarrollo, en Burundi se procede al afianzamiento del nuevo régimen. Para asegurar la permanencia de los hutu en un perenne

segundo plano se crea y se arma un fuerte ejército monoétnico. Simultáneamente para evitar la aparición de nuevos intelectuales hutu susceptibles de provocar tensiones se arbitran unas medidas especiales de control del acceso a la enseñanza. Algunos centenares de misioneros son expulsados por intentar proporcionar rudimentos de lectoescritura a los hutu excluidos de la escuela. Gracias a esta estrategia tutsi todos los resortes del poder están en sus manos. Sin embargo, los hutu que se refugiaron en los países vecinos siendo niños, van creciendo: algunos responden a las llamadas al regreso de Bagaza (1976) y de Buyoya (1987) y otros desperdigados por el mundo observan la evolución del régimen, sin demasiada confianza.

El deterioro de la economía mundial así como la caída de la Unión Soviética crean unas condiciones especiales en las que los conflictos afloran con una inusitada fuerza. El progresivo empobrecimiento agudiza las diferencias entre los grupos étnicos provocando reacciones encontradas. Además la desaparición de la opción al cambio de sponsor internacional limita seriamente la conservación de los privilegios atesorados a lo largo de años de gobierno. Sin abandonar el abrazo de la muerte que enlaza a Ruanda con Burundi y viceversa, ambos países se enfrentan cada uno a su modo al problema de las relaciones hutu-tutsi.

Después de varios intentos fallidos, se consolida el partido de oposición PALIPEHUTU (Partido para la Liberación del Pueblo Hutu) tanto en el interior de Burundi como en el exterior. Se inician algunos tímidos conatos de hostigamiento armado. Al mismo tiempo las presiones internacionales obligan al régimen de Buyoya a convocar elecciones libres. Contrariamente a lo esperado gana las elecciones un partido considerado prohutu, el FRODEBU (Frente Democrático Burundés). El antiguo partido único UPRONA (Unión y Progreso Nacional) no se contenta con pasar a la oposición. En noviembre de 1993, tres meses después de tomar el relevo democrático, el presidente Melchior Ndadaye (hutu ex refugiado en Ruanda) es asesinado. Ni siquiera el hecho de nombrar un primer ministro del partido UPRONA y formar un gobierno de reconciliación nacional sirvió para hacer recapacitar a sus asesinos. La conmoción popular es de tal magnitud que los hutu huyen por cientos de miles principalmente hacia Ruanda mientras otros resisten como pueden a las temidas operaciones de «pacificación» del ejército tutsi. Se cuentan por centenares de miles los muertos entre los meses de noviembre de 1993 y de febrero de 1994, cuando es nombrado el sustituto del presidente asesinado,

Cyprien Ntaryamira. La frontal negativa de los partidos de la oposición y del ejército tutsi impide que el gobierno, aparentemente hutu, recurra a la ayuda de tropas internacionales (OUA y ONU) para asegurar la paz en el país.

En cuanto a Ruanda la evolución toma otro rumbo. Por una parte la degradación de la situación económica y la corrupción, entre otros males que aquejan este país, provocan una situación de descontento generalizado. Una explosión demográfica galopante frena un dudoso despegue económico. Mientras tanto su vecino del norte, Uganda, sale trabajosamente de una sangrienta guerra civil, en la que los tutsi rwandeses allí refugiados han jugado un papel estelar. El presidente ugandés Museveni, tutsi él también, ofrece a sus colaboradores apoyo material y logístico para recuperar el poder en Ruanda. El ataque que empieza en octubre de 1990 es parado, en su fulgurante avance hacia Kigali, gracias a la ayuda de tropas francesas y belgas. Las presiones internacionales ejercidas sobre el presidente Juvénal Habyarimana le obligan a sentarse a negociar con los responsables del FPR (Frente Patriótico Ruandés). Sin embargo, las exorbitadas condiciones impuestas por el FPR y las exigencias del ala extremista hutu imposibilitan la ejecución de los acuerdos de Arusha. Al mismo tiempo los perniciosos efectos de una guerra civil que dura ya casi cuatro años se hacen sentir en todos los ámbitos de la vida del país. En estas condiciones tiene lugar el atentado de Kigali en el que mueren tanto Juvénal Habyarimana como el presidente burundés Cyprien Ntaryamira. Se produce una violenta reacción hutu que se ceba en todos los tutsi de cualquier condición. El desplazamiento de casi un millón de personas, la limpieza étnica aplicada en las zonas controladas por el FPR y el uso de armas contra una población hutu desarmada son otras tantas razones que explican, sin justificar, una reacción de esta magnitud.

¿Solución para la convivencia hutu-tutsi?

ALGUNOS vienen sugiriendo la separación de ambas comunidades en territorios distintos. Es una solución teóricamente asumible pero humanamente irrealizable puesto que es muy poco probable llegar a un acuerdo aceptable sobre los criterios de reparto del país ni sobre la identidad y destino de los desplazados. Por otra parte, de la experiencia tutsi en Burundi cabe sacar una lección inelu-

dible: el control militar no asegura la paz para nadie, ni siquiera para aquellos a favor de quienes se ha creado el ejército. Eso es, cada «pacificación» tutsi implica un efecto de aprendizaje para los hutu, efecto que podría acabar en algo similar a lo que está ocurriendo ahora en Ruanda si la razón no consigue vencer la desconfianza y los miedos ancestrales. *Mutatis mutandis*, el hecho de que el FPR gane la guerra civil no implica que sea el mejor garante para la paz en Ruanda.

A estas alturas del siglo XX y dadas las condiciones de las relaciones internacionales, la única solución realmente aceptable es dejar que decidan las urnas. Ya no tiene sentido mantener un mito: nadie por el mero hecho de pertenecer a un grupo étnico puede considerarse más capacitado que otro para el gobierno o para cualquier otra actividad pública o privada. Por lo tanto, tomando todas las salvaguardias necesarias referentes a los derechos de las minorías étnicas, es necesario conseguir que callen las armas y que tomen la palabra la razón y el sentido común.